

## La transformación de un pueblo de migrantes en Michoacán

Marcos Luciano Linares Linares



Foto: ML

En estas líneas relataré parte de mi experiencia pastoral en el poblado de Atacheo de Regalado, México.

A finales de 1999 me enviaron como párroco a esa comunidad, siendo ésta mi primera experiencia con tal responsabilidad. Mi impresión inicial de Atacheo fue de un pueblo fantasma y abandonado, con un enorme rezago social, donde los espacios comunitarios estaban muy deteriorados: las calles, la plaza principal, la iglesia e inclusive algunas banquetas que estaban afuera de majestuosas residencias.

Atacheo de Regalado tiene una población de 1,500 habitantes en el pueblo y un poco más de 4,000 en Estados Unidos, concentrados básicamente en el estado de California. Las personas que radican en el pueblo son mujeres, ancianos y niños. Casi todos profesan la religión católica.

Inicié mi trabajo pastoral procurando ganar la confianza de la gente. Conforme fui conociendo su realidad me di cuenta que sus principales problemas eran el retraso y el abandono; no tanto la falta de dinero sino el egoísmo y la envidia que hacía que vivieran en constante conflicto. En este contexto, claro está, el chisme era la principal distracción.

Las herramientas que provee el Evangelio me sirvieron de guía para buscar una solución. Siempre he creído que el cristianismo tiene mucho que aportar a la situación de miseria humana en la que vivimos; que el Mensaje de Jesús se orienta a una forma de vida basada en el amor y la vida en comunidad. Recuerdo una de las frases que repetí muchas veces: “No es mi principal interés que se llene el templo, ni que se impongan todos los sacramentos, sino esencialmente que se vean y se traten como hermanos. Para eso he venido a este pueblo”.

Comencé por identificar las obras que pudieran fungir como puntos de unión, aunque no necesariamente fueran las más urgentes. Sondeando con los pobladores encontré que la construcción de la torre del templo era la principal ilusión de la población desde hacía 40 años.

En un inicio me llevaron 1,350 dólares que un pequeño grupo de migrantes residentes en Napa, California, había juntado para alguna obra. Ese dinero, por cierto, nunca se

acabó, sino que sirvió para realizar 28 obras más en la parroquia: oficinas parroquiales, baños públicos, techo del templo, biblioteca, museo, centro de cómputo, auditorio, etc.

La construcción de la torre marcó el inicio de una nueva era en el pueblo porque despertó lo bueno de la gente en pro de los demás. Así, en menos de un mes ya se veían los cambios y gracias a ello comenzó una dinámica muy positiva, pues al grupo inicial se fueron sumando muchas más personas.

El trabajo que realizamos fue gracias a un grupo de 30 líderes migrantes, hombres y mujeres, a los que invité a colaborar para su pueblo pidiéndoles que hicieran la difícil labor de motivar a otros paisanos emigrados a cooperar con 5, 10 o 20 dólares al mes para su pueblo. Más que la cooperación económica, lo importante era despertar la conciencia de solidaridad en el pueblo. Llevar una administración clara y transparente es muy importante en estos casos, así como una constante comunicación.

El pueblo comenzó a llamar la atención de propios y extraños, en los alrededores y en todo el estado. Muchos medios de comunicación empezaron a catalogar a Atacheo como un “pueblo ejemplar: unido y organizado”. Diariamente se trabajaba en varias obras a la vez: calles, drenaje, alumbrado, plaza principal, oficinas parroquiales, salones de clase. A la par de la infraestructura material se fue construyendo el sentido de *comunidad* en los atachenses.

Este despertar se dio desde una pastoral social y profética, donde la catequesis y la liturgia jugaron un papel fundamental, siempre con la convicción de construir el sentido de *comunidad*. También fue parte relevante en esta experiencia de vida el trabajo que realizamos con un grupo de maestros de una misión cultural de la SEP, ya que durante cuatro años compartimos la inquietud de una formación integral para todos, principalmente con los adultos. Se impartieron varios talleres de distinta índole como costura, cocina, danza, música, carpintería, alfabetización, manualidades, belleza, deportes, computación, inglés y coro. Con todas estas actividades la sede parroquial se convirtió en un verdadero centro de formación humana y comunitaria.

Siempre busqué trabajar en unión con las principales autoridades, ya fuera el presidente municipal, el jefe de tenencia, el comisariado ejidal, los maestros y los doctores de la comunidad. Cada año visité a los migrantes en sus lugares de trabajo en los Estados Unidos; mi prioridad era convivir con ellos, informarlos, motivarlos y compartir sus inquietudes. Nos reuníamos dos veces por año –diciembre y agosto–, en Atacheo y en California, para intercambiar impresiones y hacer sugerencias. Siempre les llevaba fotografías y videos de las obras para que pudieran verificar los cambios en el pueblo.

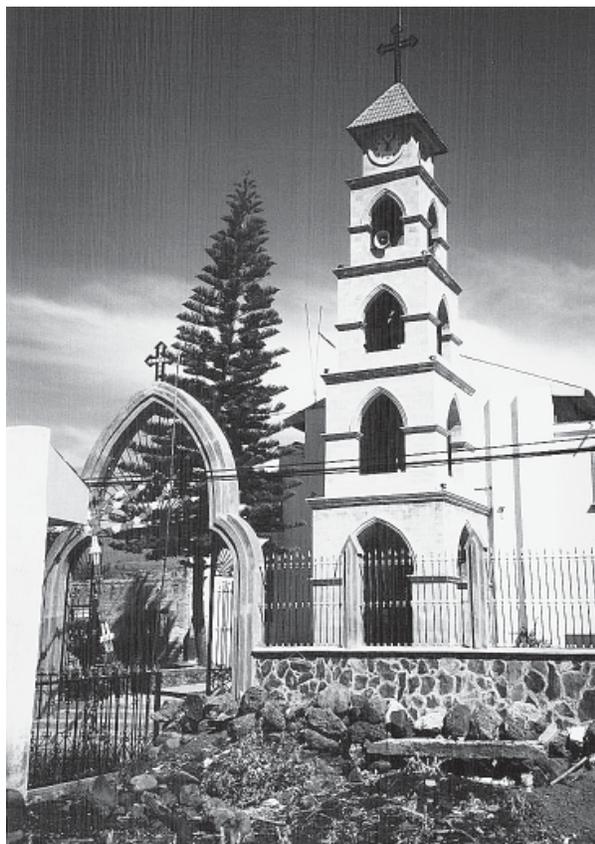


Foto: ML



Fotoc: ML

## Las empresas sociales

Al cabo de tres años Atacheo era otro: sus calles estaban arregladas; el templo, con su nueva torre, lucía muy bonito. Todo marchaba muy bien. Sin embargo, continuaba un problema primordial: la migración seguía, incluso aumentaba, ya que se iban las familias enteras. Mi labor entonces fue inquietarlos con nuevas preguntas: ¿de qué nos sirve construir un pueblo tan bonito si al fin de cuentas se quedará solo?, ¿a quién le estaremos arreglando la casa? Así fue

como surgió la idea de hacer proyectos productivos que fueran generadores de trabajo y una alternativa para los que no se quisieran ir al “norte”.

Nos propusimos entonces hacer *empresas sociales* tipo cooperativas donde los que quisieran y pudieran invirtieran, no con la idea de hacerse ricos, sino principalmente con la convicción de que su dinero generaría vida para sus paisanos. Claro que estas empresas debían ser productivas, es decir, que algún día reeditarían un beneficio económico para sus socios. La respuesta a esta iniciativa fue fabulosa y nacieron los primeros dos proyectos productivos: un invernadero de flores y una fábrica de muebles acústicos (bocinas). Los socios participaron con acciones de 500 y mil dólares. Después se crearon otros dos proyectos: uno de cría y engorda de pavos de doble pechuga y un módulo con 650 cabras lecheras. Esta experiencia se enmarca en un modelo de *economía solidaria* que parte de las empresas sociales como alternativas para contrarrestar los efectos del neoliberalismo. Con este modelo se combate el individualismo, se rescata a los de abajo, se promueve una mayor justicia y equidad en el reparto de las utilidades y se valora el trabajo de los que realmente trabajan.

A través de programas del gobierno federal y de la SEDESOL, específicamente el de 3x1, logramos armar verdaderas empresas productivas, lo que atrajo las miradas y el interés de mucha gente más allá de nuestras fronteras. El gobernador del estado nos visitó tres veces y recibimos también la visita del presidente de la República, el presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y otras personalidades. Asimismo, llegaron al pueblo varios medios de comunicación masiva, nacionales e internacionales, a través de los cuales Atacheo fue reconocido por todo México... y también el cura de Atacheo.

Las empresas de Atacheo vinculan dos polos fundamentales de la producción: los productores y los comercializadores, evitando así la intermediación. Para vincular estos dos polos se establecen contratos que dan certeza al productor y le permiten dedicarse de lleno a su actividad. Esta propuesta obliga a ampliar los lazos de colaboración hacia diversos sectores, tanto en México como en Estados Unidos. En México: los productores organizados en uniones; la agrupación de uniones de productores en empresas sociales, con registro oficial para poder certificar sus productos; dependencias, instituciones y organismos gubernamentales (incluyendo las educativas); organismos y asociaciones afines, comprometidas con la justicia, que funjan como interlocutores de los gobiernos e incidan en políticas públicas a favor de los campesinos; instituciones y grupos filantrópicos comprometidos con la protección al medio ambiente, la producción orgánica, el

comercio justo, etc.). En Estados Unidos: los migrantes que comercializan los productos michoacanos en los lugares donde trabajan; los clubes y confederaciones de migrantes michoacanos residentes en Estados Unidos; las parroquias y agentes de la pastoral migratoria de la Iglesia; los centros educativos y organismos altruistas estadounidenses.



Foto: ML

## Colofón

Durante los seis años que permanecí en el pueblo se realizaron 56 obras importantes que tienen que ver con el bien común, con una inversión de más de seis millones de dólares (cuatro provenientes de los migrantes y dos del gobierno). La colaboración del pueblo se logró con tan solo el 40% de los migrantes. Cabe mencionar que muchas de las obras realizadas las hicimos sin el apoyo del gobierno; nuestro lema era: “Con gobierno o sin gobierno, lograremos lo que querramos”.

Hoy Atacheo, además de ser un pueblo muy bonito, cuenta con una biblioteca pública completa, un centro de cómputo, varias oficinas y salones nuevos, una planta tratadora de aguas residuales, una plaza de toros grande y cuatro empresas comunitarias que generan en promedio 60 empleos permanentes.

Desde mi punto de vista, sin embargo, la mayor ganancia fue la concientización y el cambio de actitud de la mayoría de su gente. El problema de la emigración no se acabó ni se acabará con lo que hicimos, pero puedo afirmar que de las 60 personas que hoy tienen empleo en las empresas sociales, 50 ya estarían en los Estados Unidos.

Trabajar en proyectos productivos con esta visión social y con el apoyo de los migrantes implica muchos retos y problemas a superar, entre los que quisiera señalar que donde existe alta emigración hay que trabajar con la gente que permanece, que no necesariamente es la más indicada para el desarrollo de estos programas. Por otro lado, es necesario contar con un equipo profesional interdisciplinario que dé fiel seguimiento al grupo, hasta lograr que las empresas sean autosuficientes; desarrollar acceso inmediato y fácil a créditos, claridad y honestidad en el manejo administrativo, partir de mercados seguros y buscar el esquema de economía solidaria.

Nuestro mayor aprendizaje es el haber descubierto que la solución nunca nos vendrá de arriba ni de ningún mesías político; la solución está en nosotros mismos, cuando trabajamos de forma organizada y unida. Hoy más que nunca, la globalización no nos deja otra alternativa a los de abajo, que somos la mayoría: “o nos unimos, o nos hundimos”.

Asociación Michoacana de Promotores de la Empresa Social (AMPES), A.C., México  
 ampeps@hotmail.com  
 www.ampesac.org.mx